

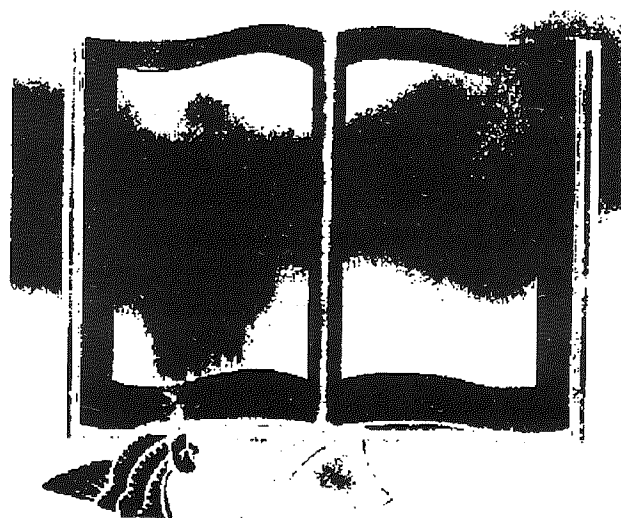
LA NOVELA

CARLOS FUENTES

FRENTE AL NUEVO

Geografía de la novela.

ORDEN MUNDIAL



¿Cómo definir, explicar y orientar la marcha del mundo que nos ha tocado en este final de milenio?

¿Cuál es el lugar de Iberoamérica y cuál el del género novela frente a esta problemática? Cayó la Unión Soviética, terminó la guerra fría, perdió fuerza el debate ideológico que por tantos años reguló el diálogo de la inteligencia; se hicieron evidentes ciertas realidades que venían madurando desde antes: bloques económicos, generalización de la democracia y de la economía de mercado, integración y multiculturalismo. Más aún, reaparecieron los movimientos fundamentalistas y nacionalistas, el nazismo y el antisemitismo.

Tales son algunas de las inquietudes que plantea el escritor mexicano Carlos Fuentes, con su agudeza proverbial, y su estilo impecable, y sobre las cuales ofrece nuevos horizontes interpretativos, en dos de sus libros recientes: «Geografía de la novela» (México, Fondo de Cultura Económica, 1993) y «Tres discursos para dos aldeas» (B. Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993).

En «Geografía de la novela», Fuentes no sólo analiza las obras de un grupo de narradores contemporáneos, sino que emprende una vigorosa defensa del género y desa-

rolla una meditación sobre su función en el mundo contemporáneo desde la perspectiva totalizante del nuevo orden mundial.

Dice que el novelista se enfrenta el territorio de lo no escrito, que siempre es mayor que el de lo escrito. Para lograrlo, ha aprendido a saltar sobre todas las fronteras. Ni siquiera los géneros literarios son un escollo: los asume, subsuma y transforma. Gracias a la poesía, la novela es el sitio donde todo puede ocurrir. Tanto la práctica de la escritura como la de la lectura son una especie de nomadismo. Dice Fuentes: «La geografía de la novela es la historia de sus desplazamientos, y estos ocurren a veces en el bajel de mi mente, a veces en la carroza de un memorial, a veces en el corcel de una épica, otras, en la alfombra voladora de la fábula». Nuestra humanidad no vive en la helada abstracción de lo separado, sino en el pulso cálido de una

*Geografía de la Novela.- Carlos Fuentes
México, Fondo de Cultura Económica, 1993*

variedad infernal que nos dice: no somos aún, estamos siendo.

La novela se ofrece como hecho potencial, inconcluso; como posibilidad, pero también como inminencia, como creadora de realidad, porque al añadir algo que antes no estaba, forma una nueva realidad ensanchada.

En el periplo tradicional de la geografía de nuestra civilización y hasta hace muy poco tiempo, la verdadera naturaleza humana, en su grado más alto de desarrollo, se localizaba en Europa y en las élites europeas. Fuentes traza un nuevo mapa geográfico en el cual, el concepto de literatura mundial, por el que abogaba Goethe, cobra su verdadero sentido: literatura de la diferencia, narración de la diversidad, pero confluyendo, sólo así, en un mundo único: la superpotencia mundo.

Los idiomas europeos -el español, el francés, el inglés, el portugués- se han enriquecido y universalizado con la escritura de americanos de todas las latitudes, de africanos, australianos, indios y pakistaníes. En esta labor, el novelista ha extendido los límites de lo real, creando más realidad con la imaginación. Con la globalización de los idiomas europeos, ahora estamos inmersos en una nueva circunferencia, la de Pascal: aquella que está en todas partes y su centro en ninguna.

Afirma Fuentes que la novela contemporánea es universal, ya sea escrita en Latinoamérica o España, en Europa central o África, en Estados Unidos o Asia. Varias razones aduce para sustentar esta aseveración:

En primer lugar, ya nadie cree que la clase media ilustrada europea sea, per se, el mejor prototipo de lo humano. Nuestro mundo actual, multirracial y policultural, está mejor representado por el pluralismo: hombres y mujeres europeos, asiáticos, africanos y americanos.

Segundo, la historia dejó de referirse sólo a Occidente y se ha vuelto universal. Al no haber centralismos, todos somos excéntricos, que es, quizás, la única manera actual de ser universal.

El estilo realista, el nacionalismo y la escritura de compromiso se habían erigido en dogmas. La exigencia de una sola realidad, de una sola versión de la nacionalidad o de una sola verdad política, hacían impensable una novela avalada por el Estado, por los medios o los partidos, que ofreciese alternativas críticas, imaginativas o poéticas.

Con el realismo sólo vemos lo que ya conocemos. La libertad del arte, asegura el autor mexicano, consiste en

enseñarnos lo que no conocemos.

Bajtín, quizás el más importante crítico e historiador de la literatura del siglo XX, afirma que la novela, en una era de lenguajes conflictivos es, no sólo uno de esos lenguajes, sino y sobre todo, la arena donde todos ellos pueden darse cita. El gran crítico ruso vio la novela no sólo como un encuentro de personajes, sino como un encuentro de lenguajes, de tiempos históricos distantes y de civilizaciones que, de otra manera, no tendrían oportunidad de relacionarse. En ese sentido, la novela es la voz de un nuevo mundo en proceso de crearse. Lugar de encuentro con el que nadie ha dicho la última palabra. Con la novela, la historia no ha concluido. Aún no somos, estamos siendo.

En este sentido, Fuentes nos recuerda que Herman Broch integró en sus novelas narrativa, ensayo, filosofía,

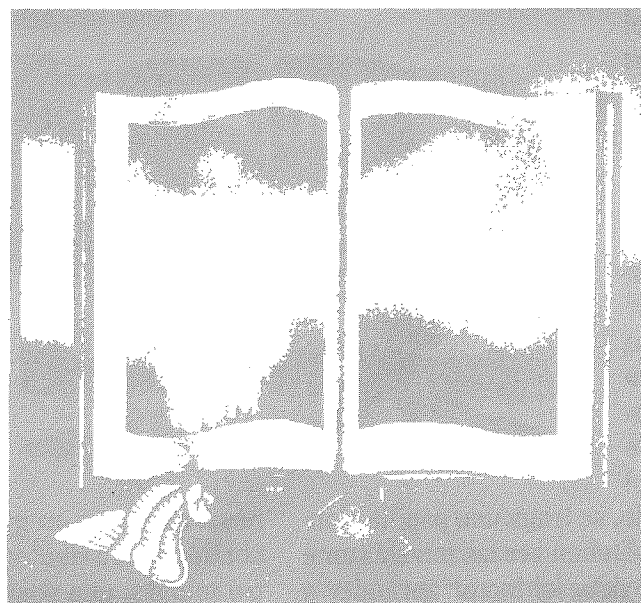
sociología, política y poesía, a fin de ensanchar las posibilidades de sus personajes que así se convirtieron, no sólo en individuos singulares, sino en algo más: puentes históricos, portadores del tiempo.

Con base en los planteamientos bajtinianos, Fuentes define la novela como la búsqueda verbal de lo que espera ser escrito, sobre todo cuando atañe a una realidad invisible, fugitiva, desconocida, caótica, marginada y a menudo, intolerable, engañosa y hasta desleal.

Reelabora un concepto que

ya había sido esbozado por Gadamer, por los filósofos de la teoría de la recepción, y por Italo Calvino: el tiempo de la escritura es finito. El de la lectura, por el contrario, infinito. Cada lector traduce el acto finito de escribir en el infinito de leer. El lector es más inteligente, está más informado, tiene un horizonte mayor que el del autor, simplemente porque, desde el punto de vista cronológico, es posterior. Entre el momento de la escritura y el de la lectura ha pasado un lapso que enriquece esta última actividad. En este sentido, Calvino, uno de los autores analizados en el libro de Fuentes, afirma que el escritor debe ser consciente de esta situación: el lector sabe algo que el escritor desconoce, el futuro. Siempre estará allí un lector cuando ya el escritor haya desaparecido. Por eso, las grandes obras del pasado son arte del futuro, como afirma Borges; y éstas nos miran desde allí.

Desde esta visión ecuménica, Fuentes elabora su canon crítico.



Sobre Borges dice que fue el primer narrador de lengua española en las Américas que verdaderamente nos libró del naturalismo y redefinió lo real en términos literarios: confusión de todos los géneros, rescate de todas las tradiciones, creación de un nuevo territorio en el cual tengan cabida la ironía, el humor y el juego.

Borges abolió las barreras de la comunicación entre las literaturas, enriqueció el castellano con todas las tesorías imaginables de oriente y occidente, intentó una síntesis narrativa superior. Su tema central podría definirse como la defensa de la imaginación y el pluralismo contra el absolutismo filosófico. Las categorías de tiempo y espacio no serían realidades objetivas únicas sino más bien creaciones del lenguaje, porque un mismo lenguaje puede alojar tiempos y espacios diversos. Así lo demostró Borges por ejemplo con los tiempos divergentes, convergentes y paralelos de «El jardín de los senderos que se bifurcan» o los espacios del «Aleph» en el que todos los lugares pueden ser vistos simultáneamente. En esta forma, Borges nos demuestra que vivimos en una diversidad de tiempos y espacios, reveladores de una pluralidad de culturas.

Al hablar de la obra de Juan Goytisolo, define dos categorías de lectores: el lector «costilla», que debe masticar veinte veces antes de deglutir, y el lector Gerber que, desdentado, se traga una papilla blanda, informe y premasticada. ¿Deben ser las novelas ante todo divertidas, o más bien, debe el lector aprender a divertirse con ellas? Tal ha sido la disyuntiva que cierta crítica ha planteado en relación con la novela de este autor, «Las virtudes del pájaro solitario». Fuentes dice que ha sido rechazada por no ser Gerber, es decir, porque no es un diálogo de personajes, porque no es lineal, no tiene argumento visible, no posee principio y fin claros. Obliga a una segunda lectura. En cambio de representar una cotidianidad consoladora, confronta al lector con un enigma insoluble.

De la novela «Yo, el supremo», de Roa Bastos, afirma que Roa Bastos dialoga con Roa Bastos a través de la historia, gracias a la mediación de una figura histórica monstruosa, a la cual el novelista debe imaginar y comprender para poder, algún día, imaginarse, entenderse a sí mismo y a su país.

Con la novela «Castigo Divino», su autor, Sergio Ramírez, nos mete en el abrazo húmedo y sofocante del clima centroamericano y nos demuestra los atributos puebleri-

nos que lo acompañan: cursilería empalagosa, mojigatería hipócrita, la violencia más impune.

En la novela «La guerra de Galio», Héctor Aguilar Campín deslinda con claridad deslumbrante las pasiones y posiciones reales del disfraz político.

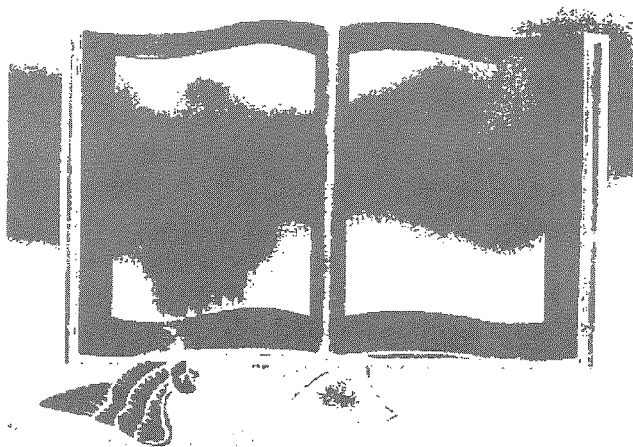
Con Kundera, Fuentes como parte una cierta visión del género novela como un elemento indispensable, no sacrificable, de la civilización... una forma de decir las cosas que de otra manera no podrían ser dichas. Se refiere al «idilio», como el el nombre de «un viento terrible, constante y descompuesto que atraviesa las páginas de sus libros. Aliento tibio de la nostalgia, resplandor tormentoso de la esperanza... que se confunden en un solo movimiento, el movimiento de la historia». Por eso, la ardiente cuestión de las novelas de Kundera es ¿cómo combatir la injusticia sin engendrar más injusticia?

A partir de la afirmación de Michael Howard, de que guerra es la administración cuidadosa de la violencia, analiza la obra del húngaro György Konrád, que refleja la manera como la dictadura aplica leyes de guerra a la vida de la ciudad y a sus gentes. Las víctimas se vuelven asesinos para evitar ser asesinados... Las novelas de Konrád son proféticas y universales sobre el predicamento humano de ser habitante de la ciudad.

Respecto del inglés Julian Barnes, Fuentes se pregunta: ¿Estamos, los seres ordinarios, condenados a vivir ordinariamente, o existe aún, en nuestro mundo, una posibilidad de encantamiento? Vivimos entre una tecnología encantada y un dios desencantado. Al desencanto de la tecnología, ¿seguirá un nuevo encanto del dios?

El novelista Artur Lundkvist sea sabe viajero todo el tiempo, porque, aunque esté acostado mirando el cielo raso de su habitación, es consciente de que la tierra viaja alrededor del sol a una velocidad de 30 kilómetros por segundo. Del mismo modo, reflexiona Fuentes, la literatura es el navío... viajamos alrededor de nuestra recámara, abandonamos nuestra propia piel para convertirnos en otros.

El caso conmovedor de Salman Rushdie es un ejemplo patético de cómo puede desatarse la violencia en ese choque entre lo moderno y lo tradicional: Rushdie es víctima del dogmatismo ciego y homicida. Si la novela es diálogo, en el sentido que Bajtin le da al término, nadie tiene la razón, nadie ha dicho la última palabra, no existen verdades selladas. Allí radica el problema con los llama-



dos textos sagrados: pretenden ser verdades terminadas y exclusivas. El choque entre lo moderno y lo tradicional se traduce, en el caso de Rushdie, en el choque de la novela contra el texto sagrado.

En una sentida y conmovedora carta que Fuentes le escribe, le dice: Querido Salman... «Eres el primer novelista de la aldea local en su odisea hacia la aldea global». El Ayatollah, al denunciar y condenar la imaginación y la literatura con un sistema tan represivo, nos obliga a todos, en todas partes, a meditar sobre qué cosa es la literatura que resulta tan poderosa y tan peligrosa. No hay un solo escritor, ni un solo pensador en el mundo que no se sienta amenazado con esta cruzada contra la imaginación.

El segundo libro, «Tres discursos para dos aldeas», reúne las intervenciones de Fuentes en la Universidad de Alcalá de Henares en 1988 con motivo de la entrega del premio Cervantes; en la sede de la Unesco en París en 1991 por la celebración del Quinto Centenario; y en el Coloquio de Invierno en la Ciudad Universitaria de México en 1992, sobre el tema de la guerra fría y los problemas del nuevo orden mundial.

Aunque pronunciados en foros diversos y llenando los formalismos de cada ocasión, estos textos están unidos por un solo pensamiento y una sola inquietud: el papel de la cultura iberoamericana y el de la novela frente a los avances de la modernidad y frente al final de la guerra fría.

El llamado mundo de la «aldea global» -dice Fuentes- existe en contradicción con el mundo de la «aldea local». Pero estas dos aldeas no están en situación de aislamiento respectivo, sino en proceso de enfrentamiento creciente. La global apunta con energía hacia el futuro, mientras la local se aferra violentamente al pasado. Más aún, la local irrumpe, por vía de la migración, en la global. «Mientras más y mejor entendamos y aceptemos nuestra pluralidad racial y cultural, -agrega- mejor preparados estaremos para dirigirnos a las dos culturas que habitamos: la global donde viven nuestros hijos y la local donde murieron nuestros padres».

Durante quinientos años, la cultura occidental se desplazó hacia el sur y hacia el oriente. Pero desde hace algunas décadas, este movimiento muestra signos de haberse invertido. Grandes masas de población, y con ellas sus culturas y creencias, se están desplazando del oriente al occidente y del sur al norte.

Le preocupa también al escritor mexicano el hecho de que si bien nuestras sociedades durante siglos estuvieron organizadas desde arriba y desde el centro, en la época contemporánea, especialmente en Iberoamérica, el impulso viene ahora de abajo y de la periferia. La dinámica de los sindicatos, cooperativas, asociaciones de barrio, intelectuales y estudiantes, rebasa a menudo, los poderes tradicionales y los partidos.

Son desafíos que nos presenta el avance veloz de la modernidad; desafíos que han llegado en forma paralela con la comunicación instantánea, la integración económica mundial y la tecnología.

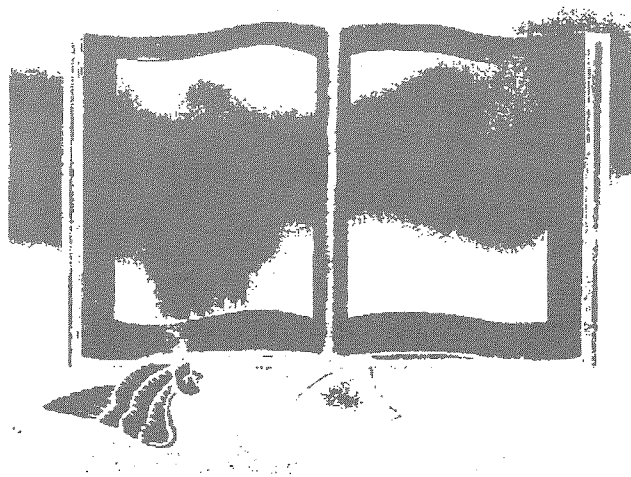
El peligro, anota Fuentes, es que no tenemos tiempo ni organizaciones suficientes para dar respuestas concretas, de carácter local y de origen latinoamericano.

Pero no es solamente en nuestro continente en donde están ocurriendo estos fenómenos. El choque entre la aldea global en expansión y la tradicional aldea local se hace candente en relación con armenios y ucranianos, bosnios y eslovacos, catalanes y franco canadienses: en sus territorios, al igual que en muchos otros territorios del planeta, se ha despertado un apego a la identidad cultural para contrarrestar la velocísima integración mundial.

Fuentes no condena ninguna de las dos aldeas. Cada una tiene sus elementos positivos y negativos.

Es importante mantener el equilibrio y propiciar la diversidad. Por ejemplo, si preservamos los valores de la aldea local, evitaremos quedar despojados de nuestro propio rostro, cubiertos todos con una sola máscara, la del robot feliz.

Si por un lado se perfila una nueva forma de colonialismo impulsada por el club de los ricos, con sedes en Japón, Europa y Estados Unidos, por otro la periferia invade el centro. Si de dicho club se excluye a la mayoría de los seres humanos por pobres y sus propios territorios se ven llenos de desocupados, enfermos, viejos y drogadictos, en los llamados países del tercer mundo, surgen nuevos ricos con acceso inmediato a la locura portátil contemporánea y al mundo veloz de la modernidad. Si a través de la televisión se les promete a los desposeídos una vaga recompensa de prosperidad, mostrándoles en las pantallas las fuentes de la abundancia sin que ellos puedan tocarlas, muchos emigrantes de la periferia ocupan las posiciones más destacadas en laboratorios de investigación y en las cátedras de las universidades más prestigiosas del antiguo centro.



Ciertas cosas que la modernidad creía muertas, en realidad están vivas: los ídolos de la tribu, la religión y el nacionalismo. El vacío dejado por las ideologías que por décadas estuvieron en pugna durante la guerra fría, está ahora siendo llenado por tales ídolos, religiones y nacionalismos.

Lo que debemos preservar, en todo caso, es nuestra capacidad crítica. En esta época que nos está tocando vivir, corremos el riesgo de pasar, según palabras de Fuentes, de una teología comunista a una teología capitalista, de los dogmas de Karl Marx sepultado a los de Adam Smith resurrecto. El socialismo soviético se petrificó porque suprimió la crítica. ¿No está sucediendo ahora lo mismo respecto al capitalismo? La fuerza de la publicidad y su impacto en la masa, el consumismo desaforado y en muchos países el monopolio de los medios, de alguna manera están atentando contra la supervivencia de la crítica.

Tal es el lugar del género novela frente a la problemática de hoy: la novela como forma de crítica. Aunque a veces no da respuestas, plantea preguntas, siembra la duda, invita a pensar. Por eso, es más útil el novelista en la oposición que en el poder.

Cervantes inventó la novela moderna que no es otra que la novela como crítica. Pero para ganarse el derecho de criticar al mundo, la novela ha tenido que empezar por criticarse a sí misma: autocrítica o autoconciencia narrativa, como en aquellos pasajes famosos de «El Quijote» en los cuales los protagonistas son conscientes de su naturaleza ficticia y se afanan por explicar sus actuaciones como tales.

En este enfrentamiento entre la aldea global y la aldea local, Fuentes nos recuerda que Don Quijote surge precisamente de la aldea local; una oscura aldea tan oscura que aun su más oscuro autor ni siquiera recuerda su nombre o no lo quiere recordar. Don Quijote inaugura la memoria moderna con la ironía del olvido. Por eso, Cervantes es más moderno que la modernidad; es nuestro contemporáneo, afirma el autor de «Terra Nostra», porque su estética de la inestabilidad es la de nuestro propio mundo. Estética de lo móvil, de lo portátil. El nómada moderno que viaja en jet y está acompañado de una cultura portátil, coexiste con el nómada de burro y sandalia. Cervantes indica el camino tanto al nomadismo de entonces como al de ahora: la inseguridad del desplazamiento se ha convertido en aliciente de la imaginación y de la creatividad.

«Mi patria es el idioma español», exclamó Carlos Fuentes ante el Rey de España al recibir el premio Cervantes. Y agregó: «esta lengua nuestra, de asombros y descubrimientos recíprocos, de celebración pero también de crítica, ha sido espejo de insuficiencias pero también agua del deseo, hielo de triunfos y cristal de dudas, roca de la

cultura». Tal patria del lenguaje, que es también la nuestra, debe mucho de su fortaleza a la diversidad y a la diferencia. A pesar de tener el denominador común del idioma español, el continente latinoamericano es multi-racial y pluricultural. De predicar una cultura, una identidad y por lo tanto la unidad de una literatura latinoamericana, en los años de 1960, hemos venido derivando hacia la definición de nuestro multiculturalismo. Si la cultura es una respuesta a los desafíos de la vida, según afirmó José Ortega y Gasset, habrá tantas culturas cuantas comunidades existan en el continente. Por eso, siguiendo con los planteamientos de Fuentes, al terminar la bipolaridad con la caída del muro de Berlín en 1989, hemos pasado a la multipolaridad. Latinoamérica, con su multiculturalismo centenario, es quizás el continente mejor preparado para enfrentar los retos del futuro.

Se perfila, pues, según el autor de «Aura», una situación explosiva en el orden mundial. Para conjurarla, los países desarrollados deben terminar con aquellas manifestaciones de tercermundismo que se han enquistado en sus entrañas. Y los del tercer mundo con las diferencias humillantes que siguen exhibiendo en la estructura de sus sociedades.

La historia está muy lejos de haber concluido. El otro, llámese ruso o bosnio, africano o turco, costeño o serrano, colombiano, mexicano o latinoamericano, vietnamita, japonés o coreano, ha llegado para compartir el mismo tiempo y el mismo espacio. La ciudad multiétnica y multicultural es el producto inevitable de la comunicación instantánea.

En este libro, Fuentes evita de manera inteligente el uso de término «posmodernidad», con lo cual elude esta polémica que en muchos casos resulta estéril. Al hacerlo, describe mejor la situación de nuestra época. En cambio de dejarse contaminar por el desánimo y la sensación de fracaso del pensamiento posmoderno, propone, para asegurar la continuidad de la vida, lleno de optimismo y confianza, y basado en la comprensión de la dialéctica entre la aldea global y la local, un nuevo proyecto de modernidad que no excluya a nadie y que pueda ser compartido por tantos como sea posible, sin violar la tradición cultural de cada cual. La frase final del libro es una convocatoria y una manifestación de fe: «Nuestra meta sólo puede ser una sola potencia: la superpotencia mundo».

Alvaro Pineda Botero

Docente.

*Departamento de Literatura
Pontificia Universidad Javeriana.*